

Frente libertario

Madrid,
9 de diciembre
de 1937

Número 344

editado por el comité de defensa confederal = región centro

DISCIPLINA INTERNA Y DEBERES CONFEDERALES

Los militantes deben atenerse a las tradiciones escrupulosamente exactas de nuestra Organización y ser ejemplo para todos sus compañeros

Pertenecer a la Confederación Nacional del Trabajo no consiste, como más de uno erróneamente ha creído o parece creer, en llevar un carnet de fecha más o menos antigua en el bolsillo y en cotizar con una cierta regularidad en la medida que por la Organización haya sido acordado. No. Pertenecer a la C. N. T. lleva consigo la necesidad ineludible de cumplir con una serie de deberes y de observar una norma de conducta austera y firme en todo momento y en todas las circunstancias que el transcurso de los días nos presenten.

En primer lugar es preciso que todos los afiliados a la Confederación, y con muchísima más razón todavía todos los militantes, estén en íntimo contacto con la Organización; y esto, porque es absolutamente necesario para que en todo momento puedan cumplir de una manera exacta y segura las orientaciones que de la misma Organización surjan. Precisamente porque somos enemigos de todas las autarquías es por lo que todos los que pertenecemos a la Organización tenemos el deber primero e ineludible de auto-disciplinar nuestra conducta y atemperarla a las decisiones que se adopten. Y mal podremos llegar a este resultado si no estamos en íntimo contacto con los compañeros y con los organismos a los cuales ha sido confiada la orientación de nuestra actuación.

En segundo lugar queremos recordar otro deber, también elemental e ineludible, que tienen todos aquellos compañeros que han sido designados para desempeñar un cargo importante; y es que no son los cargos para uso personal de quienes los desempeñan, sino para el mejor servicio de los intereses superiores de la Organización consi-

derada como totalidad homogénea y concreta. Por fortuna, pocos, muy pocos, son los militantes que han olvidado este deber primordial e ineludible. Pero lo excepcional de que un caso semejante se presente hace todavía que para nosotros revista aún un mayor interés destacar una conducta semejante, una conducta que merece la crítica dura y firme de todo el que sienta en revolucionario, y que en algún caso puede llegar a constituir una falta gravísima, no ya de disciplina interna, sino incluso de ética elemental de convivencia social y revolucionaria. El militante que ocupa un cargo tiene, sobre el deber inicial de servir a la Orga-

nización, aquel otro derivado de servir al cargo. Pero jamás puede servirse ni de la Organización ni del cargo para servir sus intereses particulares ni sus bajas ambiciones. Semejante conducta es, no solamente despreciable, sino punible. Y es que entre nosotros el hecho de desempeñar un cargo sólo añade deberes que cumplir, sin atribuir derechos excepcionales que exigir ni posiciones privilegiadas que disfrutar.

En tercer lugar queremos resaltar la necesidad de que los cargos de responsabilidad, tanto los que son cargos de organización como aquellos otros que implican una colaboración con las fracciones

políticas, sean desempeñados por los compañeros de mayor solvencia revolucionaria y de más limpio historial que existan en nuestros medios. Esta es la manera más segura y exacta de que esos cargos sean desempeñados con una visión clara de los problemas que en ellos se planteen y sin que existan desviaciones que siempre son injustificadas y peligrosas, pero que lo son aún en mayor medida en los momentos que atravesamos. No quiere esto decir, en manera alguna, que los compañeros recientemente ingresados en la Organización tengan que ver coartada su actuación, ni tampoco significa en manera alguna desconocimiento ni

muchísimo menos desprecio de la labor que esos compañeros puedan realizar. Pero los mismos compañeros que se encuentren en este caso serán los primeros en reconocer que la mejor manera de cumplir con sus deberes es ajustarse a las orientaciones que marquen otros compañeros que desde hace años viven en íntimo contacto con la C. N. T., con sus problemas y con sus orientaciones revolucionarias.

Y, finalmente, queremos insistir sobre la necesidad ineludible en que nos encontramos, debido esto a las circunstancias excepcionales que atravesamos a causa de la guerra y de la Revolución, de reforzar la autoridad con su secuela natural de aumento de la responsabilidad. Máxima autoridad y, como consecuencia, máxima responsabilidad. Y esto en todas las esferas confederales. Lo impone la guerra y lo exige la Revolución.

Entre tanto, que todos recuerden que el hecho de pertenecer a la Organización desde hace muchos años, más que los derechos, refuerza los deberes. Y que los militantes viejos deben atenerse en todo momento y en todas las circunstancias a las tradiciones escrupulosamente exactas y rígidas de nuestra Organización y ser un ejemplo para todos sus compañeros, especialmente para aquellos de reciente ingreso, porque esto será en la conducta de los viejos militantes, donde encontrarán las normas vivas que se ajustan por entero a nuestra idiosincrasia, a nuestra psicología y a nuestra manera de comprender y de enjuiciar la convivencia humana y la moralidad social y particular, que son consubstanciales con todas las conquistas y con todos los avances en el camino de la libertad y de la Revolución liberadora.

METAMORFOSIS

Es preciso ser ario en Alemania para tener el honor de rebuscar en los montones de basuras. Las ordenadas disposiciones de la autarquía hitleriana no permiten que se desperdicie la más mínima porción de la materia que en el reparto de los bienes terrenos hubo de tocarle, hace ya muchos años, al pueblo actualmente elegido por un nuevo Mesías para sacar a la Humanidad del atoladero de egoísmo y de barbarie en que se encuentra.

El "führer" necesita que sean alemanes auténticos, pura sangre directa de las Walkirias y de los dioses del Walhalla, quienes actúan hoy de traperos para adecentar la mucha porquería que entre gentes habituadas a nutrirse con productos inverosímiles de la taumaturgia alimenticia, no puede por menos de darse. Y quizá pretenda también, con esa otra práctica de investigación que ha ordenado, evitar que las gentes semíticas o, para mayor comprensión, esos judíos que tuvieron tantas veces por noble oficio hurgar en los basureros que las demás razas, influidas por religiones derivadas del mismo tronco, solían colocar a las puertas del "ghetto" como un escarnio y una advertencia a la vez de que aquellos lugares eran considerados infectos; impedir, más bien dicho, que los impuros de Alemania puedan tocar las impurezas de los auténticos arios, los cuales

vienen a anudar, a través de semejantes disposiciones, un enlace sanguíneo con los intocables de la India, considerados también de origen divino.

Ahora ya no les quedará otro remedio a los morenos, a los retajados, a los de la cabeza alargada, a los del mirar melancólico perdido en la tradición, a los de la venerable tristeza que habla de sufrimientos infinitos, a los que toda su vida supieron hacer de un guiñapo cualquiera una tela brocada, que sentarse al pálido sol de los arrabales alemanes y contemplar con una sonrisa profética, que dirá mucho de las veleidades de la fortuna a esos gigantes rubios y a esas pálidas hembras de poderosas ancas, cómo es-carban y rebuscan entre los detritos

¡Y DALE CON EL PARTIDO UNICO DEL PROLETARIADO! ¡Y DALE! VAMOS A DEJARLO EN PARTIDO. UNICO MARXISTA... ¡Y YA ESTA BIEN!

VISADO POR LA CENSURA

urbanos la misera materia en vías de descomposición que el Imperio pardo quiere convertir en su propia substancia.

Y puede que cualquiera de esos pasan la existencia inquiriendo una sabios de cráneo piramidal que se fórmula bastante expansiva para acabar de una vez con todos los objetos de su experimentación, encuentre la manera de fabricar alemanes de retorta con los infinitos óvulos que hallará en estado latente sobre los restos diarios de un pueblo sometido a selección científica, y pueda comprobar, sin salir de casa, el desastroso efecto de sus satánicas invenciones sobre las propias criaturas, hechas a su imagen y semejanza.

¿Qué más podrían pedir el resto de los otros pueblos que han entrado en conflicto con la raza germánica sino una autoeliminación de la misma por este procedimiento rotatorio de formación y destrucción de la materia? Así todo quedaría dentro de las fronteras perfectamente fortificadas e impenetrables, y Alemania vendría a ser a manera de un inmenso laboratorio colgado de la luna, donde el racismo seguiría mordeándose la cola como el signo de la Inmortalidad, hasta que sintiera apetitos mayores de los que buenamente podría saciar, y acabara devorando su propio cuerpo, anillo por anillo, hasta convertirse toda ella en una forma ingrátida que iría difundiéndose por el inmenso espacio intersideral, donde tienen cabida todas las ambiciones.

